



PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

«La verdadera educación nueva consiste, ante todo, en avanzar hacia el descubrimiento del niño y realizar su liberación. Este es el problema de la existencia: primero hay que existir».¹

Los materiales Montessori no solo resultan muy seductores para niños y niñas, sino también para madres y padres y docentes.² Resultan tan atractivos que casi eclipsan la pedagogía a la que sirven. Por eso, es imprescindible conocer el espíritu de dicha pedagogía para utilizarlos de una manera cabal y, sobre todo, para aplicar exhaustivamente las ideas de Maria Montessori en materia de educación.

El niño, una persona de pleno derecho

Para Maria Montessori, como para todos los teóricos y prácticos de la pedagogía activa, el niño es una persona de pleno derecho, con sus propios gustos, con libre albedrío y con una personalidad que se debe tener en cuenta y respetar, del mismo modo que la de un adulto. Si se constriñe al niño sin razón, si se le imponen esfuerzos sin que realmente comprenda para qué le van a servir, en pocas palabras, si se le trata como a una «persona a medio hacer» a la que se le puede dar órdenes sin explicárselas y obligar a hacer tareas aburridas simplemente diciéndole que es por su bien, la educación no funciona, y además es injusto.

1. MONTESSORI, Maria. *El niño, el secreto de la infancia*. The Montessori-Pierson Publishing Company, Ámsterdam.

2. Nota de la t. Es nuestra intención respetar la perspectiva de género, pero en aras de la economía del relato, a partir de ahora adoptamos la fórmula masculina para englobar tanto el femenino como el masculino.

Puede funcionar durante un tiempo, sobre todo con niños que no tienen ningún problema para aprender y que se someten sin conciencia a la disciplina impuesta por los adultos. Pero incluso estos niños progresarán mucho más, y de buena gana, si se les ofrece la posibilidad de ser actores y autores, libres y voluntarios, de su propio aprendizaje.

En la práctica, esta concepción del niño implica que se hable con él del empleo del tiempo, del ritmo de aprendizaje y que, en la elección de actividades, se tengan en cuenta sus gustos en general y sus apetencias en distintos momentos del día. Según Maria Montessori, el niño debe poder elegir libremente sus actividades y abandonarlas cuando se canse. Por supuesto, esto no significa que debamos permitirle hacer todo lo que quiera y de cualquier manera. No obstante, si pensamos, por ejemplo, que el niño debería perseverar en una tarea determinada, es necesario convencerlo, pero nunca obligarlo. También hay que saber anticiparse y prever sesiones cortas y variadas, con el fin de renovar su interés. Por último, hay que dar al niño reiteradas oportunidades de reconocer los frutos de los esfuerzos que hace para aprender, y valorar sus éxitos, por pequeños que sean, en lugar de recalcar sus fracasos.

Favorecer la autonomía para facilitar el aprendizaje

Un modo de motivar a los niños y despertar sus ganas de aprender se resume en la famosa fórmula de la pedagogía Montessori: «Ayúdame a hacerlo solo». Un bebé quiere gatear y luego caminar solo. Se libera trastrabillando del brazo que lo retiene, y luego regresa de manera natural hacia ese brazo, pues nota que necesita ayuda para recuperar el equilibrio. Después vuelve a partir, con renovada confianza, hacia «nuevas aventuras». Progresará gracias a pequeñas victorias y cada día aprende más.

Maria Montessori recomienda que se siga esta andadura natural en la enseñanza escolar. El adulto muestra un nuevo concepto o un nuevo gesto, luego deja que el niño intente reproducirlo o usarlo él solo. Resalta y valora el hecho de que el niño lo haga solo: «Ahora tú».

¡Ante todo, ¡paciencia! A veces, sentimos la gran tentación de quitar el objeto de las manos del niño que no lo logra enseguida, hacerlo por él y volvérselo a demostrar. O de soplarle el principio de la solución, si su reflexión dura demasiado tiempo o toma un camino equivocado. Estos gestos, estas palabras, estas intervenciones demasiado rápidas y no solicitadas por el niño son en realidad pruebas, a sus ojos, de su lentitud, de su fracaso, de la dificultad insuperable para él de la tarea que se le ha encomendado o del desafío que supone. Nada mejor para lograr que se rinda y se niegue a esforzarse. La injerencia del adulto es a menudo un obstáculo para su desarrollo.

Por el contrario, si el adulto le anima («¡Bien, casi lo tienes!») o lo observa sin impaciencia y se limita a brindarle, si es necesario, un consejo o más información, logrará infundirle confianza. El niño sabe que puede tomarse su tiempo. No se estresa. Se concentra en lo que hace, en lugar de repetirse de manera obsesiva que no lo va a conseguir. Se divierte explorando e intentándolo repetidas veces. Se convierte en un juego en el que sabe que puede ganar. Y cuando lo consigue... ¡Qué satisfacción! Lo ha hecho solo. Y quiere pasar a la siguiente etapa.

Los períodos sensibles

Si bien Maria Montessori considera que el niño es una persona de pleno derecho, habla de él como una persona peculiar, pues todo gira en torno al hecho de aprender. Y como científica que es, Montessori distingue en el niño, en todos los niños, una serie de «períodos sensibles», especialmente

dedicados a ciertos aprendizajes. Montessori los describe así:

- el período sensible del lenguaje, que sitúa aproximadamente entre los 2 meses y los 6 años,
- el período sensible de la coordinación de movimientos (\pm desde los 18 meses hasta los 4 años),
- el período sensible del orden (\pm desde el nacimiento hasta los 6 años),
- el período sensible del aguzamiento de los sentidos (\pm desde los 18 meses hasta los 5 años),
- el período sensible del comportamiento social (\pm desde los 2 años y medio hasta los 6 años),
- el período sensible de los pequeños objetos (un período muy corto en el transcurso del segundo año).

Veamos, los períodos sensibles tienen distinta duración y pueden coexistir. Durante estos períodos, el niño está particular e instintivamente interesado en un dominio preciso y, por tanto, está especialmente preparado para aprender todo aquello que le concierne. El pedagogo y la pedagoga deben aprovechar la ocasión y ajustar en consecuencia los contenidos de su enseñanza. Maria Montessori es muy categórica al respecto. Según ella, si dejamos pasar el período óptimo, el aprendizaje fluido, simple, fácil no es posible. Luego exigirá mayores esfuerzos y no siempre dará sus frutos.

Es necesario ser capaz de detectar los períodos sensibles en el niño o los niños a los que se les imparte enseñanza. Y no son del todo evidentes, sobre todo al principio de un período, cuando, según Maria Montessori, la sensibilidad en cuestión permanece interna, oculta. Más tarde, se revela en una atención, una concentración, ciertas tentativas manifiestas. Durante el período sensible, el niño se siente atraído, como por un imán, por un aspecto de su entorno que le permitirá desarrollarse. Se puede aprender mucho si se observan sus actitudes y sus reacciones. Para tranquilidad del lector, hacemos hincapié en el hecho de que estos períodos, a excepción

del último, duran entre tres y seis años, lo cual nos da cierto margen. También se puede constatar que corresponden más o menos a la tan manida afirmación: «Los seis primeros años son vitales», pero ello no nos tiene que asustar.

La existencia y la manifestación de los «períodos sensibles» dan paso a la idea de que lo importante no es la edad, sino el momento en que el niño está verdaderamente preparado para aprender con facilidad. El propósito de la educación es plantar las semillas del conocimiento en la estación adecuada. El buen momento para aprender viene determinado no por el calendario de un programa impuesto, sino por la observación de las necesidades del niño.

Para precisar cuáles son los períodos sensibles según Maria Montessori, lo más sencillo es leerla directamente. He aquí un extracto de su libro *El niño, el secreto de la infancia*. Montessori se basa en las experiencias del científico holandés De Vries, que fue el primero en emplear la noción «períodos sensibles», aunque no en referencia a los niños, sino a los insectos.

«Tomaremos como ejemplo el citado por De Vries de un humilde gusanito, la oruga, que se convertirá en una simple mariposa. Sabemos que las orugas crecen rápidamente y se alimentan con voracidad: son verdaderas destructoras de plantas. En nuestro caso se trata de una oruga que, durante los primeros días de vida, no puede alimentarse de las grandes hojas de los árboles, sino solo de pequeñas hojas tiernas que se encuentran en la punta de las ramas. Ahora bien, la buena madre mariposa, guiada por su instinto, pondrá los huevos en el extremo opuesto; es decir, en el ángulo que forma la rama con la intersección del tronco, prepara para su descendencia un lugar seguro y protegido.

¿Quién indicará a las pequeñas orugas, recién salidas del huevo, que las hojas tiernas que necesitan están allá arriba, en la punta extrema y opuesta de la rama? La oruga posee una aguda sensibilidad hacia la luz: la luz la

atrae, la luz le fascina, se va saltando, con ese movimiento propio de las orugas, hacia la luz más viva, hasta el extremo de la rama; allá se encuentra, hambrienta, con las hojas tiernas que constituirán su alimento. Es curioso constatar que, cuando este período termina, es decir, cuando la oruga ha crecido y puede alimentarse de otro modo, pierde dicha sensibilidad hacia la luz; al cabo de cierto tiempo, la luz le resulta indiferente: el instinto se apaga. El momento de utilidad ha pasado y, a partir de ahora, la oruga se va por otras vías a buscar otros medios de subsistencia. No es que la oruga se haya vuelto ciega a la luz, es que se ha vuelto indiferente.

Esto es lo que nos ayuda de inmediato a comprender el punto esencial de la cuestión en relación a los niños: la diferencia entre un estímulo que le conduce a realizar actos maravillosos y sorprendentes, y una indiferencia que la vuelve ciega y torpe. El adulto no tiene ningún poder desde el exterior sobre estos estados. De modo que, si el niño no ha podido obedecer las directrices de su período sensible, se desaprovecha la ocasión de lograr una conquista natural, y se desaprovecha para siempre.»³

3. MONTESSORI, Maria. *El niño, el secreto de la infancia*. The Montessori-Pierson Publishing Company, Ámsterdam.

Crear un ambiente sereno y un clima de confianza y de diálogo

«Sin duda, nuestra pedagogía da al ambiente una importancia tan grande que constituye el fundamento de toda la construcción pedagógica.»⁴

La creación de un clima favorable, por un lado, a la percepción de los períodos sensibles por parte del adulto y, por otro, al pleno desarrollo del niño, constituye una condición fundamental de la enseñanza Montessori.

La calma permite expresarse sin estrés, escuchar al otro, concentrarse en lo que uno hace. Evita la fatiga nerviosa inútil. En una clase Montessori, se habla bajo, se evita el ruido. Como todo el mundo hace lo que tiene ganas de hacer, no hay tensión ni impaciencia. Por tanto, si la enseñanza tiene lugar en casa, plantéese desconectar el teléfono y no permita que nada le interrumpa una demostración o un trabajo común con el niño. Así le demostrará la importancia que usted concede a dicho trabajo.

El orden es también una condición importante: permite comprender fácilmente e infunde confianza. Cada material se coloca donde el niño lo pueda encontrar sin esfuerzo y donde pueda guardarlo él solo cuando acabe de utilizarlo. El mobiliario está adaptado a la altura de los niños y permite un almacenamiento cómodo.

4. MONTESSORI, Maria. *El niño, el secreto de la infancia*. The Montessori-Pierson Publishing Company, Ámsterdam.

Y por último, el diálogo y el respeto mutuo son esenciales para construir el entorno de trabajo, para solucionar los problemas, si se plantean y para evitar las crisis debidas a la incomprensión. La confianza y el respeto mutuo pasan por el diálogo, pero también por el ejemplo que dan las personas adultas; estas deben actuar también en concordancia con lo que dicen, mostrarse abiertas, comprensivas, pacientes. Si le piden al niño respeto y orden, los adultos deben empezar por mostrarlos ellos cada día.

El trabajo en grupo

«El niño Montessori» de 3 a 6 años trabaja la mayoría de las veces solo. No obstante, para los niños mayores y para ciertos ejercicios o para utilizar una parte del material, el banco de números, por ejemplo, es preferible trabajar en pequeños grupos. Si esto no es posible, será importante trabajar en grupo en otras situaciones.

Como el grupo incluye niños de diferentes edades, resulta enriquecedor para todos el hecho de que los más pequeños trabajen con los más mayores en ciertas actividades. De este modo, se estimula a los pequeños, que son «potenciados al alza».

Los mayores se toman en serio su rol de tutores y sienten que están desempeñando una misión de confianza.

El interés múltiple del material Montessori

Sensual, estético, lúdico

Entremos en el meollo de la cuestión, en lo que constituye y constituirá uno de los factores del éxito de la pedagogía Montessori: el material. Con sus colores, a menudo se parece a los cubos de los juegos de construcción o a los juegos educativos para los más pequeños.

Claramente está hecho para seducir, dado su aspecto estético y lúdico, y no

es por casualidad. No se trata de objetos destinados a endulzar el mal trago de una enseñanza amarga. Si está concebido para agradar es porque así no solo atrae y retiene la atención de los niños, sino porque además permite percibir, comprender y memorizar el contenido de la enseñanza a través de los sentidos.

Cuando compara la perla (la unidad), la barra de 10 perlas, los cuadrados de 100 y el cubo de 1000, el niño toca con los dedos, tanto en el sentido literal como en el figurado, las nociones bastante abstractas del sistema decimal y su jerarquía. O cuando pasa los dedos sobre las letras rugosas, con los ojos cerrados, el niño memoriza su forma y las hace suyas mediante el tacto.

La manipulación permite una aprehensión inmediata, agradable y duradera. Recordemos, por otro lado, que el período sensible de la agudización de los sentidos va desde los 18 meses hasta los 5 años y que, durante todo este tiempo, el niño es particularmente receptivo a lo que pasa por el tacto.

Un material de desarrollo

Si bien permite cautivar la atención del niño y facilita su aprendizaje, el material Montessori es mucho más que un material pedagógico. Es un material de desarrollo cuya intención no es simplificar el trabajo de los educadores, sino ayudar al desarrollo interior y al crecimiento del niño. Si se da al niño la libertad de acceder a él y manipularlo tanto como le dé la gana, el material responderá a sus necesidades. Por otro lado, el material ha sido concebido para permitir un paso sistemático y regular desde lo más sencillo hasta lo más complejo, en un orden fácil de seguir y adaptable al nivel y al ritmo de progresión de cada niño. En definitiva, cada tipo de material induce a prácticas pedagógicas particulares y graduales que, una vez se ha recibido formación, son relativamente sencillas de aplicar. Asimismo, es necesario tomar conciencia y abstenerse de aplicar estas prácticas como si fueran recetas inamovibles y dogmáticas; hay que tener en cuenta las reacciones del

niño, su ritmo de aprendizaje, las especificidades de su personalidad, ya que pueden llevarnos a modificar ciertos puntos. Y esta flexibilidad es aún más importante con los niños que presentan alguna discapacidad, con niños autistas, por ejemplo. Es posible que, después de preparar con esmero el material previsto para cierta etapa de aprendizaje, el niño no sienta ningún interés por él, simplemente porque, después de un tiempo, ha comprendido el concepto que usted desea que aprenda. O, por el contrario, quizás deba volver atrás porque ha notado que es demasiado pronto para introducir un nuevo material o que ha ido demasiado deprisa (usted también tiene derecho a equivocarse).

Cada material tiene un objetivo directo y preciso, pero prepara indirectamente para las actividades posteriores. Son estas preparaciones indirectas las que provocan, por ejemplo, «la explosión» repentina de la capacidad de lectura o escritura, de un día para otro, pues todos los componentes necesarios para estas actividades se han preparado de manera independiente. Asimismo, la construcción de conexiones lógicas en el transcurso de las actividades de Vida práctica contribuye a la capacidad de pensar del niño.

El aspecto tranquilizador de los rituales

La presentación

Nombre siempre la actividad que desea hacer con el niño: usted sabe lo que quiere enseñar al niño, pero él no. Vaya con él hacia el lugar donde haya instalado el material. El niño sabrá así dónde encontrarlo y dónde guardarlo. De este modo, no solo le está ayudando a orientarse, sino también favoreciendo su autonomía. A lo largo de toda la presentación tenga en mente el «punto de interés» del niño, es decir, el elemento que le motivará y hará que su trabajo sea apasionante. Claro que él no sabe cómo ni para qué le preparan estas actividades, pero en cada material hay un detalle o un gesto que

le gustará. Sus movimientos deben ser desglosados y precisos. El niño no los copiará para imitarle, sino porque así tendrá la ocasión de explorar nuevos gestos o nuevos conceptos. Por tanto, es esencial que comprenda la lógica, el propósito y la secuencia.

Aborde las cosas en un orden y no dude en recurrir a la repetición o la variación de las actividades, siempre que no aburran al niño, ya que permiten la memorización de gestos y de conceptos.

La instalación

El niño coloca el material sobre una alfombra o en una mesita para crear «su» espacio de trabajo. Cuando termina, el niño lo guarda antes de ir a buscar otro material. Esta dinámica participa del ambiente tranquilizador y sereno de cuyas ventajas hemos hablado antes. Ello imprime también en el niño el hábito de trabajar con cuidado y método, en un espacio despejado y ordenado.

La lección en tres tiempos

Un ritual importante de la pedagogía Montessori

La lección en tres tiempos es un proceso destinado a facilitar el descubrimiento y la adquisición de nuevo vocabulario por parte del niño, y se aplica en cualquier ámbito: el aprendizaje de las letras, las cifras, las formas geométricas...

El aspecto ritual y sistemático de este modo de presentar el nuevo vocabulario es útil porque, por un lado, permite al niño anticiparse y comprender al instante la consigna y las cuestiones, y por otro, le permite centrarse en los contenidos sin preocuparse por la forma que toma la lección. Pero el aspecto más importante de la lección en tres tiempos reside en el hecho

de que no quema ninguna etapa del aprendizaje; da al niño el tiempo necesario para que haga perfectamente suyo cualquier vocabulario nuevo. No se presenta solo una vez, sino que se da durante varios días, y no propone, en general, más que unas pocas palabras a la vez, tres o cuatro como máximo, para no sobrecargar la memoria.

Los tres tiempos

En la primera fase de la lección en tres tiempos, se relaciona el objeto o el concepto con su vocabulario correspondiente. La segunda fase, que dura más tiempo, ayuda al niño a memorizar el vocabulario y su relación con un objeto o concepto determinado. Por último, en la tercera fase se verifica que el niño lo haya asimilado correctamente. Esta asimilación le permitirá reutilizar el vocabulario en otros contextos.

Un ejemplo

El desarrollo de la lección en tres tiempos es una constante que encontrará a menudo en nuestras obras prácticas. Para describir con detalle y en concreto en qué consiste la lección en tres tiempos, veremos a continuación el ejemplo de las cifras rugosas.

Tiempo 1

Para esta lección y en aras de la claridad, usted elegirá tres cifras contrastadas, por ejemplo el 4, el 2 y el 7. Coloque delante del niño y aislada la pieza del 4, por ejemplo. Toque la cifra resiguiendo su forma con la yema de los dedos, en el sentido de la escritura. Diga: «Este es el 4». Y así sucesivamente con cada una de las tres piezas. Cuando haya colocado las tres piezas, vuelva a cogerlas por orden y vaya nombrándolas mientras las toca. Puede repetirlo al día siguiente, antes de pasar al tiempo 2.

Tiempo 2

El segundo tiempo toma la forma de un juego de adivinanzas. Esta fase es a la vez más agradable y estimulante para el niño, pues constituye una especie

de desafío intelectual. Coloque las tres piezas sobre la alfombra, en el orden de la primera presentación. Pida al niño: «Muéstrame el 4», «Muéstrame el 2», «Muéstrame el 7». Una vez hecho esto, mezcle las piezas, para estimular al niño, y vuelva a empezar el ejercicio. Poco a poco, el niño es capaz de reconocer las cifras, en cualquier orden, y asociarlas a su nombre.

Hay que evitar poner al niño en aprietos, por este motivo el segundo tiempo es el período más largo. Dura más sesiones y debe repetirse hasta que sea evidente que el niño domina a la perfección la asociación forma-nombre (¡pero el adulto debe dejarlo antes de que el niño se aburra!).

¡Atención! Esta etapa «repetitiva», aunque lúdica, se suele pasar por alto, cuando es la que consolida la memoria en construcción.

Tiempo 3

El tiempo 3 no se plantea hasta que el niño ha manifestado una gran fluidez en el tiempo 2. En el caso de nuestro ejemplo, el niño nombra las tres cifras sin dificultad. Aísle una pieza al azar delante del niño y pregúntele: «¿Qué es esto?». Proceda de la misma manera con las otras piezas. En esta etapa, el niño deberá demostrar fluidez en el vocabulario. Hasta que no sea capaz de nombrar todas las cifras sin vacilación, no se podrá considerar que las ha asimilado perfectamente ni se le podrá proponer tres nuevas cifras.

Un punto esencial: la autocorrección

Por último, pero no por ello menos importante, el material de la pedagogía Montessori permite la autocorrección. En el lenguaje propiamente montessoriano, le llamamos «control del error» y va más allá de la noción habitual de la autocorrección. Lo importante no es la idea de la corrección de un resultado, sino la toma de conciencia instantánea por parte del niño. Tanto si se trata de encajar formas geométricas en unos soportes o de tablas de operaciones «llenas» o «vacías», el niño encuentra en la mayoría de materiales una confirmación o una invalidación inmediata de sus elecciones y de sus resultados.

El control del error presenta dos enormes ventajas: Primera, el niño puede trabajar con total autonomía desde el principio. Puede ir y coger el material que ya conoce cuando le apetezca, igual que guardarlo y, entretanto, puede practicar solo, sin una persona adulta, y verificar la exactitud de lo que hace.

Segunda, posteriormente, no es la persona adulta la que dice: «esto es cierto» o «esto es falso». El niño se da cuenta solo. No cae ninguna guillotina, a menudo asociada a un juicio más o menos explícito. El niño aprende así a autoevaluarse y a asumir sus errores. Ni se mortifica ni se inhibe. Sabe simplemente dónde está y qué debe mejorar.

De hecho, durante la presentación de un material, el adulto podrá equivocarse de vez en cuando, reírse de su error y después reparar dicho error delante del niño. La idea es desdramatizar las situaciones de error y evitar darle el aspecto de un fracaso. El error no es más que un paso, una señal positiva para una mejor toma de conciencia.

La pedagogía Montessori y usted

Nada de estrés

Este párrafo y los dos siguientes están dirigidos en particular a las personas que trasladan la escuela a casa. A pesar de tantos consejos y tanta información, todo comienzo siempre produce cierta inquietud. De repente, se encontrará solo o sola ante la tarea de crear su propia escuela para su hijo, desde los materiales que debe fabricar hasta la manera de organizarse. Relativice, tome cierta perspectiva, siéntase libre. Ponga en práctica progresivamente lo que ha aprendido, sin intentar hacerlo todo a la vez. Tómese tal vez dos o tres semanas para organizarse, aunque su hijo o hija tenga que seguir como si estuviera «de vacaciones». No pasa nada. Tendrá todo el tiempo del mundo para recuperar este ligero retraso, pues se avanza más en casa que en clase. Y, sin duda, trabajará mejor si está bien preparado y si usted está tranquilo o tranquila.

Cuando comience, no se culpabilice si no ocurre exactamente lo que le han descrito. Los procedimientos de la pedagogía Montessori, por muy definidos que estén, no están escritos sobre piedra. El espíritu inventivo y audaz de Maria Montessori lo demuestra. Confíe en su propio razonamiento, en las reacciones de su hijo, piense que, a medida que pasen las semanas, cada vez dominará más la situación. Y, por último, no olvide que las sesiones de aprendizaje son también buenos momentos que pasa con su hijo.

La fabricación del material

Comprar todo el material resulta extraordinariamente caro. La mayoría de padres que ponen en práctica la escuela Montessori en casa fabrican una buena parte del material ellos mismos. Es largo y fastidioso.

Si puede, quede con otros padres que estén en su mismo caso para llevar a cabo veladas de bricolaje, será más divertido y alentador. No intente hacerlo todo de golpe. Y, más tarde, no sufra si su hijo va más adelantado que la fabricación del material, porque esto demuestra simplemente que aprende rápido y bien, y ese es el objetivo, ¿no le parece? En cambio, cuide la factura. Uno de los éxitos de los materiales es su aspecto estético. Pula la madera con papel de lija antes de usarlos; utilice pinturas brillantes; imprima las letras, las cifras y los tableros, en lugar de trazarlos a mano y colorearlos; péguelos sobre cartulina sólida y plastifíquelos; los van a manipular muchísimo.

Y prepárese también para ver su obra maltrecha. No pierda la calma, explique al niño que debe tener cuidado para que los demás niños puedan usar también el material e igualmente por respeto a su trabajo.

¿Y la creatividad? ¿Y la inventiva?

Si bien la pedagogía Montessori se ve facilitada y «guiada» por la utilización del material y es rápidamente eficaz, no se trata de aplicar de manera inmutable y mecánica unas recetas, sin plantear preguntas. El espíritu inventivo e innovador de la pedagogía Montessori tiene tanta importancia como los materiales.

No olvidemos la propia personalidad de Maria Montessori, que desafió las prohibiciones y el qué dirán para convertirse, en 1896, en la primera mujer médico de Italia. Todo su planteamiento fue audaz y original. Su concepción de la pedagogía es todo menos rígida. Su enfoque no deriva de un método en el sentido estricto, sino de una acertada observación del niño. Sería una ofensa quedarnos con los materiales y olvidarnos del espíritu,

profundamente dinámico. No podemos dejar de recomendarle que evite la mera reproducción y que desarrolle la creatividad, también la de los niños con los que trabaje.